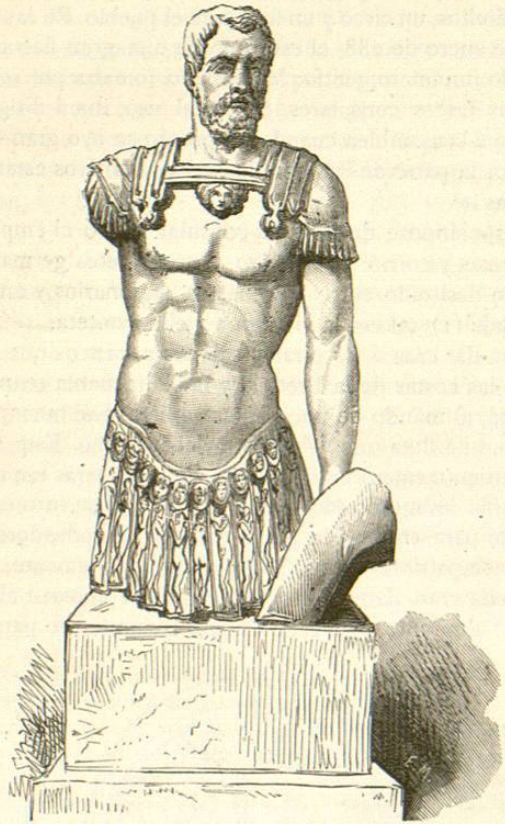


ciones de comercio con la Bretaña, y hasta Buloña quedó en su poder.

Carausio era pues dueño de su isla y de la mar y Maximiano no podía hacer nada contra él. Hizo sin embargo una tentativa para disputarle una cosa u otra. En efecto, hizo construir una flota en las embocaduras de los ríos gálicos, y en la fiesta de las Palilias (21 abril 289), el panegirista oficial celebró en Tréveris la próxima caída del jefe de los piratas.

Se ignoran los pormenores de esta lucha, pero se sabe que el famoso *pirata* pasó á ser emperador legítimo, en virtud de un tratado que le reconocía el título de Augusto y le dejaba el reino que él se había creado (290). Los monetarios bretones fabricaron moneda con la efigie de Hér-



Maximiano (1)

cules «conservador de los tres Augustos;» en otras se leen estas palabras: «Carausio y sus hermanos.»

Este tratado era una confesión de impotencia; pero Diocleciano la consideraba como un armisticio necesario para esperar días propicios. No quería que Maximiano desviara su atención ni sus fuerzas de la Germania; él mismo había tenido que pasar á Siria para vigilar á Egipto, donde la turbulenta Alejandría inspiraba serias inquietudes, y á los persas, cuyo valor había reanimado la muerte de Caro. La prolongada residencia del emperador y de un respetable ejército tan cerca de la frontera pérsica, y una guerra civil suscitada por un competidor, decidieron al rey Bahrán á evitar toda complicación con los romanos. Sus embajadores salieron á recibir á Diocleciano cuando se acercó al Eufrates, solicitando su amistad y ofreciéndole presentes de parte de su amo y señor.

El emperador no quería más por el momento, preocupado como estaba de asunto más importante para la seguridad del imperio que una nueva victoria sobre gentes incoer-

(1) Media figura de mármol; resto de una estatua encontrada en el capital de la Carintia.

cibles, por decirlo así. Veinte años hacía que la Armenia era una provincia de Persia, y desde Augusto, y aun desde Pompeyo, la política tradicional de los romanos había sido retener este país bajo su influencia. Un heredero de la corona de Armenia, Tirídates, vivía en la corte imperial, donde con su amable trato se había granjeado el afecto de los principales personajes, y con su valor, fuerza y habilidad en todos los ejercicios la estimación y el respeto de los militares.

Este príncipe era un instrumento precioso para la ejecución de un designio que el espectáculo de la anarquía que reinaba en Persia había hecho nacer en el ánimo de Diocleciano. Entregada á todos los males de una dominación extranjera, la Armenia había sido vulnerada en sus creencias y en su patriotismo: las estatuas de sus reyes estaban rotas, los objetos de su culto profanados y su nobleza excluida de los cargos públicos: un odio violento hervía en todos los corazones.

Todo estaba dispuesto para una revolución, y las turbaciones de la Persia prometían un buen éxito. Tirídates partió con las instrucciones y los votos de Diocleciano, pero sin asistencia ostensible. Era innecesaria, y además hubiera sido una violación de la amistad recién prometida al rey Bahrán.

En cuanto el pretendiente apareció, se produjeron las defecciones por todas partes. Tirídates subió al trono de sus padres y guardó para Roma aquella gran fortaleza de la Armenia, que protegía contra los persas el Asia Menor y una parte de las provincias sirias (287).

Esta victoria sin sangre ni lágrimas, ganada por la política, era un importante triunfo; y para evitar toda reclamación del gran rey, se había alejado de la Siria Diocleciano antes de la partida de Tirídates. Un rescripto lo presenta en Tracia á mediados de octubre de 286 (2); de allí pasó á Panonia en cuyo territorio causaban estragos hordas sármatas, y luego á la Recia, donde era bueno ostentar las águilas romanas.

A ejemplo de los grandes emperadores, visitaba las fronteras á fin de llevar á ellas la seguridad con el respeto del nombre romano; y en todas partes levantaba la línea de defensas que se habían hundido al paso de los bárbaros.

Maximiano había salido de la Galia á recibir á su colega: en la conferencia que tuvieron, se decidieron sin duda contra Carausio las medidas que el hábil usurpador supo burlar el año siguiente. Los documentos raros y confusos de aquella época no permiten reconstituir su vida (3); estamos reducidos á recoger de los panegíricos ó de los libelos, dos fuentes bien turbias, por desgracia, hechos aislados, sin poder establecer entre ellos ese enlace ó trabazón de causas y efectos que forma la sólida trama de la historia.

Los rescriptos de los emperadores muestran muy bien las ciudades en que residían al escribirlos; pero no dicen el interés que los hubiera llamado á aquellos lugares; ni se consigue sospecharlo, como no sea confrontando fechas inscritas en estos decretos con una leyenda de moneda ó alguna que otra palabra deslizada por los malos escritores

(2) Mommsen, *Ueber die Zeitfolge der in aen Rechtsbuchern enthaltenen Verordnungen Diocletians*, en las Memorias de la Academia de Ciencias de Berlín, 1860, p. 349-447. Tillemont había comenzado ya este trabajo en el curso de su erudita historia y Godefroy ha dado una Cronología de las leyes del Cód. Teodos. I, 5-214.

(3) Aur. Victor, Eutrop. y Zonar. no consagran más que algunas líneas al reinado de Diocleciano y apenas queda más que aprovechar de la mala retórica de los panegiristas ó de las elocuentes invectivas de Lactancio. Lo que Zósimo escribió sobre Diocleciano se ha perdido.

de la época. Así encontramos, en febrero de 291, á Maximiano en Reims, en Tréveris y en los países de los nervos, donde continuando la enojosa política de Augusto y de Tiberio, establecía como colonos prisioneros francos. En enero de 290, Diocleciano está en Sirmio, en febrero en Andrinópolis, en abril en Bizancio, y en mayo en Antioquía. Expulsa de la Siria á los sarracenos, que la habían entrado al pillaje, y volvemos á encontrarlo en Sirmio á mediados de julio. Era la actividad de César. No estamos habituados á reconocer esta diligencia, esta vida laboriosa, en el príncipe que estableció en la corte imperial la severa etiqueta cuya suprema expresión será la inmóvil majestad de los emperadores bizantinos.

Lo que llamaba á Diocleciano con tanta urgencia á orillas del Danubio, donde permaneció hasta fines de 290, era el gran movimiento de pueblos que agitaban la Germania. Sucedieron sangrientos combates: los godos se batían con los burgundos que les habían seguido al Este; los taifales y tervingios con los gépidos y vándalos. No se sabía lo que podía resultar de esta confusión. ¿Acaso una nueva invasión? Pero los emperadores vigilaban la frontera y nada ocurrió.

II.—LA TETRARQUÍA.

A principios del año 291, los dos Augustos atravesaron los Alpes en pleno invierno para celebrar nueva conferencia en Milán: Diocleciano tenía entre cejas el plan de una reorganización del Estado. La división del poder hecha en 286 no fué del todo eficaz, porque la parte de cada príncipe era aún demasiado grande para que la acción del gobierno fuera en todas partes ejecutiva y pronta.

Los peligros crecían: en el Oriente, iba á morir el pacífico Bahrán y los persas volverían á presentarse amenazadores; al Norte, los bárbaros empujaban hacia el Rin y el Danubio sus turbulentas tribus; chamavos y frisonos habían ocupado en las bocas del Rin la Batavia, dominio incierto de la tierra y del Océano, y posesión más incierta aún de los germanos y del imperio. En aquel momento todo el litoral del mar del Norte, desde el Mosa hasta Jutlandia, estaba rodeado de pueblos que recorrían el mar á caza de traficantes galos. En el interior, vastas provincias se desprendían del imperio: Egipto iba á elegir un emperador y Bretaña tenía ya el suyo, lo que significaba que en ambos países se aspiraba á la independencia, y los moros de Africa reclamaban su libertad con las armas en la mano.

Diocleciano juzgó útil completar su sistema político, y en su virtud decidió que los dos emperadores se asociaran con el título de Césares sendos lugartenientes, sus herederos necesarios. Esperaba que así estaría mejor guardado el imperio y las ambiciones subalternas más contenidas, quedando por este medio resuelta la grave cuestión de la sucesión imperial, sin que los soldados tuvieran ya que intervenir en negocio tan serio con sus antojos y exigencias. El primero de marzo de 293, Constancio y Galerio fueron proclamados Césares.

Teóricamente esta idea era feliz; con Diocleciano podía ser eficaz por la autoridad que le daba su prudencia, probada en diez años de triunfos y firme gobierno, y con razón celebraron los contemporáneos la unión que supo mantener entre príncipes de caracteres tan diferentes.

Pero en este sistema no se habían tenido en cuenta las rivalidades que inevitablemente surgirían después de él de la impaciente ambición de los mismos Césares y de los celos mutuos de los Augustos que habían de reemplazar á los fundadores de la tetrarquía.

Este plan tuvo la suerte de tantos otros proyectos inspirados por la sagacidad política y que la pasión ó circunstancias contrarias hicieron fracasar. Sin embargo, cuando se añade á esta reforma en la constitución del poder la que ha de hacer Diocleciano en la administración, habrá que reconocer en este príncipe una inteligencia superior y ponerlo en primera línea entre los emperadores romanos. El nombre de Carlomagno se hizo célebre, aunque también fracasara su obra; verdad es que duró más tiempo (1).

Galerio era un dacio, que en su juventud había guardado ganados, y cuya familia huyendo de la invasión de los carpos, hubo de refugiarse cerca de Sárdica (Sofía) en la Dacia de Aureliano. De pastor se hizo soldado y fué otro Maximiano, rudo y grosero, y como él también obediente y fiel, sin letras, pero no sin valor, de índole violenta y cruel, muy bueno en segunda fila, á condición de ser contenido, detestable en la primera (2).

Con Constancio, al contrario, reaparecían cualidades que desde muy larga fecha no se veían ya en los príncipes:



Gal. Valeria Augusta, Fl. Max. Teodora Aug., Constancio Cloro y Galerio Maximiano (Bus-
hija de Diocleciano y ra Aug., se-
mujer de Galerio (Mo- gunda mujer
neda de plata) de Constancio
dos)

costumbres elegantes y dulces, talento cultivado, carácter amable, y lo que importaba siempre en medio de aquellos advenedizos, nobleza de origen: su madre era sobrina de Claudio el Gótico y su padre oriundo de una antiquísima familia macedónica.

En el reinado de Aureliano, se había distinguido batiendo á los alamanos cerca de Windisch (274), y al parecer, el emperador Caro había pensado en adoptarlo. Por la palidez de su rostro, lo llamaron los griegos *Cloro* ó amarillo, y para ligarse á su raza, todos los emperadores, hasta Teodosio, tomaron este sobrenombre y se llamaron *Flavios*, como Severo y sus sucesores habían tomado el de los Antoninos. Nombrado César antes que Galerio, Constancio debía suceder al Augusto que primero desapareciera de la escena política ó del mundo.

Constancio y Galerio estaban casados; pero repudiaron

(1) Carlomagno hizo lo que Diocleciano, cuando dió á tres de sus hijos el título de reyes, pero subordinados á su voluntad superior. En la repartición de 817, los hijos de Luis el Bondadoso quedaron en la misma condición. Carlomagno organizó también su ejército según el principio romano de que el reclutamiento era un cargo de la propiedad. Como los romanos también, puso la conservación de caminos y puentes á cargo de los propietarios ribereños, los cuales debían proveer además á la subsistencia del príncipe y sus agentes cuando pasaban por sus tierras. Una de las prescripciones de Carlomagno á sus condes sobre la vigilancia fiscal es una frase de dos novelas de Justiniano (VIII, 8, y XVII, 5) y sus obispos fueron lo que habían sido para Constantino, funcionarios públicos. ¡Cuántas cosas romanas se encontrarían en la Edad media mirando bien!

(2) Los autores eclesiásticos acumularon contra Galerio todas las acusaciones; según ellos, no era sino un monstruo de vicios y crueldades. Eutropio habla de él en otro sentido: *vir et probe moratus et egregius in re militari* (X, 2). Como administrador, el imperio le debió una nueva provincia, la *Valeria*, que creó en la Panonia, descujando un bosque y haciendo correr al Danubio el lago Pello (Aurelio Víctor, *Ces.* 40.)

á sus mujeres, una de las cuales, Elena, unida á Constancio por el matrimonio de segundo orden que los romanos llamaban concubinato (1), se hizo luego célebre como madre de Constantino y celosa cristiana. Después de este sacrificio, hecho á la política, se casaron los Césares con las hijas de los dos Augustos; Galerio con la de Diocleciano, cuyo lugarteniente iba á ser, y Constancio con la de Maximiano bajo cuya autoridad se constituyó. Cada uno de ellos estaba subordinado al príncipe cuyos defectos compensaba ó cuyas aptitudes completaba con otras contrarias: la energía guerrera al lado de la prudencia; la dulzura al lado de la fuerza. Diocleciano tomó al joven Constantino que tenía á la sazón diez y nueve años. Era una prenda de la fidelidad del padre, garantía inútil con un hombre como Constancio, pero precaución usada desde larga fecha en la corte imperial (2).

Diocleciano se había reservado la administración del Oriente, con Egipto, la Libia, las islas y la Tracia; Galerio debía velar por las provincias danubianas y la Iliria con Macedonia, Grecia y Creta. En Occidente, Maximiano conservó el gobierno de Italia, de Africa y de España; Constancio tuvo la Galia y la Bretaña.

Investidos del poder tribunicio y del imperio militar, los Césares tenían el tratamiento de majestad y llevaban diadema; sus nombres figuraban con frecuencia con los de los Augustos á la cabeza de los edictos, pero ellos no los daban; y cuando se trataba de una constitución para una parte del imperio gobernada por un César, el documento llevaba, con los nombres de los dos Augustos, el del César interesado en la ejecución, pero no el del otro. El poder legislativo permanecía indiviso entre los dos

(1) Zósimo, Orosio y la *Crónica de Alejandría* lo afirman San Ambrosio lo da á entender; los Benedictinos, sus editores, lo admiten (nota á *Opera S. Ambrosii*, t. II, p. 1210), y no se da ningún valor á las objeciones que saca Tillemont de la continencia de Constancio Cloro, Gibbon de la condición de bastardo que habría impedido á Constantino heredar á su padre. Ya explicaremos en otro lugar que estos matrimonios no eran de-honrosos: muchas razones lo decidían, entre otras la condición inferior de la mujer, y sabido es que Elena era hija de un mesonero, *stabularia*, dice San Ambrosio. Constantino tuvo también antes de su elevación una concubina, Minervina, que le dió á Crispo (Zósimo, II, 20; el autor del *Epítome*, 41, y Zonar. XIII, 2). El concubinato era un matrimonio real, *conjugium inaequale*, dice Teodosio, *licita consuetudo*, añade Justiniano; y estaba tan aceptado por los legistas y aun por la Iglesia, como lo es en nuestros días el matrimonio morganático de los alemanes. El obispo de Sevilla, San Isidoro, escribió: *Christiano non duas simul habere licitum est, aut uxorem, aut certe loco uxoris concubinam*. Y los Padres del primer concilio de Toledo, el año 400, juzgan lo mismo en su cánon XVII: *qui non habet uxorem et pro uxore concubinam habet a communione non repellatur*. Decisiones semejantes de los concilios de Maguncia y de Tíbur (815 y 895). La condición de los hijos de estos matrimonios no era, en derecho civil, la misma que la de los hijos de justas nupcias. Así, Libanio, en su 12.º discurso, afirmaba que los hermanos de Constantino, hijos de Teodora, tenían más derecho que él al imperio, lo que confirmaría la opinión de Gibbon. Pero ni Constancio ni Constantino se creyeron ligados por estas viejas reglas: cada uno de ellos tenía un hijo de mayor edad capaz de sucederlos ó de servirles mientras tanto, y también hijos de segundo talamo, todavía en la infancia. Los mayores eran útiles, necesarios; los otros no; y la omnipotencia de los dos Augustos lo sancionó todo. Constantino, tan severo para los matrimonios desiguales (ley de 337, Cód. Justin. V, 27, 1) hizo una ley que daba todos los derechos de los hijos legítimos á los que habían nacido de concubinato, si sus padres contraían las justas nupcias (*Ibid.* V, 27, 5). Parece que esta ley, cuya fecha ignoramos, le fué inspirada por el recuerdo de su madre y de su primera mujer.

(2) Cuando Majencio exigió del vicario de Africa, Alejandro, que le enviara en rehenes á su hijo, éste se rebeló (Zósimo, II, 12). Aur. Victor dice de Galerio que retenía á Constantino en su corte *ad vicem obsiditis* (Cas. 40). Cómodo retenía en Roma á los hijos de los gobernadores (Herodiano, III, 4). Antes que la noticia de su proclamación llegara á Roma, Severo hizo sacar á sus hijos de la ciudad.

Augustos, como lo había estado entre Severo y Caracalla, entre Valeriano y Galieno, ó más bien lo ejercía exclusivamente el que era el alma de aquel gobierno, Diocleciano.

Los Augustos entraban en las provincias cesarianas cuando lo tenían por conveniente y en ellas ejercían la autoridad suprema. Así, Maximiano guardará la frontera del Rin durante una ausencia del César de las Galias, y Diocleciano no saldrá de su dominio imperial cuando vaya á residir á Sirmio: casi todos sus rescriptos están fechados en la Iliria ó en la Tracia.

El César recibía del Augusto órdenes y aun reprensiones. Ya veremos cómo Diocleciano llama á Galerio á Oriente, tratándolo después de una derrota con toda la severidad de los antiguos tiempos. Parece que reaparecen con otros nombres y con gran diferencia en la duración de los poderes, el antiguo dictador y su maestre de la caballería.

Cada uno de los cuatro príncipes eligió una capital para su residencia. Los dos Césares tomaron posición en la frontera: Galerio en Sirmio, centro de la defensa en el valle medio del Danubio, y Constancio en Tréveris ó en York, para cubrir la Galia y la Bretaña. Los dos Augustos se situaron en segunda línea: Maximiano en Milán, á espaldas de los Alpes, pero al alcance de los germanos, que hacían esfuerzos para establecerse en la Recia y en el alto valle del Rin; y Diocleciano en Nicomedia, á orillas del mar de Mármara, desde donde vigilaba á la vez el Tigris, el bajo Danubio y el Euxino, que habían dejado pasar tantas y tan desastrosas invasiones.

Por lo demás, ninguno de ellos se encerró en la ciudad de que habían hecho su principal residencia; sin cesar estaban en movimiento á lo largo de la frontera que se encontró bien guardada, y si los bárbaros no retrocedieron, á lo menos no avanzaron ya.

Constancio fué encargado de renovar contra Carausio la expedición abortada en 289. El tratado que se firmó á consecuencia de aquel fracaso, había sido roto por la alianza del usurpador con los francos, á los cuales prometió la isla de los bátavos, y todo el litoral hasta el Escalda; el pillaje de la costa gálica había comenzado también sin duda.

Carausio tenía una guarnición y una escuadra en Buloña; Constancio cerró el puerto de esta ciudad con un dique y obligó á los navíos y á la guarnición á entregarse. Antes de intentar una expedición á Bretaña, fué á buscar á los francos en medio de sus pantanos, entre el Wahal, el Rin y el lago Flevo, tierras inundadas cuya defensa era fácil, pero que los bárbaros defendieron mal. Constancio los rechazó á la Germania y distribuyó sus numerosos cautivos á título de colonos, en ciertas partes de los territorios de Amiens, de Beauvais, de Troyes y de Langres, donde los bagaudos habían hecho un desierto.

Carausio fué asesinado en 293 por su prefecto del pretorio, Alecto, que ocupó su lugar y lo conservó tres años; pero el nuevo dominador de la Bretaña no tenía las aptitudes ni la autoridad del gran pirata (*archipirata*). El prefecto del pretorio, Asclepidoto, reunió una flota en la embocadura del Sena, sorprendió el paso un día de niebla y desembarcó al sur de la isla, quemando luego sus barcos para forzar la resolución y arrojó de sus soldados.

Alecto esperaba en la isla de Wight el ataque de Constancio, que tenía una flota en Buloña, y turbado á la noticia del arribo del prefecto, corrió en desorden á su encuentro, habiendo perecido en la batalla. Cuando Constancio arribó á las costas del país de Kent, lo recibió la población como un salvador, feliz de verse ya desembarazada de aquellos dominadores que por espacio de diez años la habían tenido aislada del resto del imperio (296).

La ciudad de Londres era ya el mayor mercado de Inglaterra, y los auxiliares bárbaros de Alecto habían corrido allá para saquearla. Parte de la flota de Constancio, extrañada por la niebla, había dado en el Támesis; impelida por la marea, llegó á las puertas de la ciudad bastante pronto para salvarla; servicio que valió al César la gratitud de sus habitantes.

Maximiano había salido de Milán, su residencia ordinaria, y venido á mostrar á los bárbaros la púrpura imperial durante la ausencia de Constancio, á fin de quitarles las ganas de aprovechar la ocasión para lanzarse sobre la Galia. Terminada la expedición, partió para el Africa, y el César volvió á montar en su lugar la guardia del Rin, *die Wacht am Rhein*. Esta vigilancia no podía cesar un momento, porque los alamanos no se resistían nunca á la tentación de dar un buen golpe en las provincias gálicas.

En 301 pasaron el Rin, el Ill y los Vosgos y por poco no hacen prisionero, cerca de Langres, á Constancio, que herido como estaba, apenas tuvo tiempo de subir á la muralla con ayuda de una cuerda que le echaron desde arriba. Las tropas que había en las inmediaciones acudieron en auxilio, y expulsaron á los merodeadores de que hace Eutropio un inmenso ejército, pues habla de 60.000 muertos y un número enorme de prisioneros. Eusebio reduce los muertos á 6.000 y todavía son muchos.

Los prisioneros fueron entregados, á título de colonos ó letas, á los propietarios lingones y treviro. Así, con el consentimiento del emperador, ocuparon la orilla izquierda del Rin, donde, excepto en las ciudades, hicieron predominar la sangre y la lengua germánicas. Eumenes vió pasar muchos de ellos á Tréveris y aun á Autun «seguidos de sus mujeres é hijos, taciturnos y desesperados, ó agitando con frenesí sus hierros; pero que calmándose poco á poco, feundaban el suelo que antes devastaban, y á la llamada de los generales corrían con júbilo á tomar sus armas, á encorvarse bajo la vara del centurión, á pelear y morir por los que los habían arrancado á sus bosques paternos.»

Este Eumenes, cuyas obras tenemos, fué amigo y secretario de Constancio: émulo desdichado de Cicerón, escribió panegíricos en que la retórica y la hipérbole están sobre la elocuencia y la verdad. Se encuentran, sin embargo, en ellos, pormenores interesantes sobre las escuelas de Autun. Constancio hacía salir de sus ruinas á esta ciudad; reconstruía las termas, los templos, el acueducto que le llevaba aguas copiosas; quería reedificar también la ciudad moral devolviendo su esplendor y vida á las escuelas, adonde en otro tiempo acudía la juventud estudiosa y ávida de saber, y al propósito escribió á Eumenes, para darle su dirección, una carta que le hace mucho honor:

«Nuestros galos merecen que tengamos cuidado de sus hijos, y qué ofrecerles mejor que la ciencia, única cosa que la fortuna no puede dar ni quitar? Con esta idea, hemos resuelto ponerte al frente de estas escuelas, á las cuales queremos devolver su antiguo esplendor. Tú dirigirás el espíritu de los jóvenes hacia el estudio de una vida mejor; y no creas que al aceptar renunciás á los honores que has adquirido. A fin de que comprendas bien que la estimación en que te tenemos es proporcionada á tus méritos, tus honorarios serán 600.000 sestericios, pagados por el tesoro de la república (1).»

Hay que tenerle en cuenta á este príncipe haber tenido

(1) *Pau. vet.* IV, 14. En 376, en Tréveris, el maestro de elocuencia, *rhetor*, recibía 30 raciones, *triginta annonas*; el gramático latino, 20, y el griego 12, *si qui dignus reperiri potuerit* (Cód. Theod. XIII, 3, 11).

él, en la decadencia de la sociedad romana, el gusto de las cosas nobles y el aliento de las recompensas generosas para los que mantenían los restos del sacro fuego, próximo á extinguirse.

Eumenes fué digno de su protector, pues consagró estos 600.000 sestericios á la reconstrucción de las escuelas, cuya apertura se hizo con la mayor solemnidad. El gobernador de la provincia presidió la función y Eumenes pronunció con este motivo su mejor discurso. Se encuentran en él palabras sentidas y rasgos de verdadera elocuencia, cuando exclama por ejemplo, indicando á lo lejos las ruinas del gimnasio que se iba á reconstruir:

«Tú viste, gobernador, tú viste en los muros de aquellos pórticos la tierra figurada con sus naciones, sus ciudades y sus ríos, con sus continentes que envuelve el Océano como con un cinturón, que separa ó hunde con sus poderosas ondas. Cuando mensajeros de victorias nos digan que visitan la árida Libia, ó la Persia de los ríos gemelos, las orillas del Nilo ó las del Rin, nosotros diremos á la juventud reunida en torno: Esta tierra es Egipto castigado por el brazo de Diocleciano, y descansando de sus furores. He aquí á Cartago y á Africa, donde Maximiano exterminó á los moros rebeldes. Esta región es Batavia; esta isla, Bretaña, la de los bosques sombríos, que levanta su inculta cabeza sobre las olas. Pero Constancio las tiene bajo su fuerte mano; y allá lejos pisotea Galerio los arcos y carcajes de los persas. ¡Oh! es un placer estudiar una representación del mundo, donde no se encuentra nada que no nos pertenezca.»

¡Creíamos haber inventado la enseñanza por los ojos, y los romanos la practicaban hace dos mil años (2)!

La expedición de Africa, de que habla Eumenes, se había llevado á efecto en 297. Cinco poderosas naciones moras habían tomado las armas. «Eran los más feroces de los pueblos africanos,» dicen los autores contemporáneos. Como las tribus del Sahara, siempre dispuestas á una *razzia* en nuestros oasis argelinos, aquellos moros habían incendiado muchas veces las granjas de los colonos romanos, habiendo dado mucho qué hacer á un teniente de Diocleciano.

En 293 volvieron á sus correrías y llevaron á toda la provincia la inquietud, de que al parecer hubo de aprovecharse, para tomar la púrpura en Cartago, un usurpador de nombre Juliano (?). Esta usurpación hacía la situación bastante grave para que el Augusto de las provincias occidentales se creyera obligado á mostrarse en Africa.

Después de descalabros que no conocemos, Juliano se dió la muerte, y vencidos los moros fueron perseguidos hasta los albergues más inaccesibles del Atlas, siendo transportados sus prisioneros á otras provincias. Para sofocar los últimos restos de este incendio, que fué peligroso un momento, permaneció en Africa Maximiano hasta mediados del año 298.

A estos triunfos del César y del Augusto en las provincias occidentales respondieron los de Galerio en el medio Danubio, cuya guardia hacía. Los yaciges fueron derrota-

(2) *Pro restaurandis scholis*, 20:... *quo manifestius oculis discernentur que difficiliter percipiuntur auditu*. Horacio había dicho lo mismo en su *Arte poética*, 180; *Varrón (de Re rust.)* habla de un cuadro representando *in pariete pictam Italiam*; *Propercio*, IV, 3, 37:... *tabula pictos ediscere mundos*. Era un uso común, dice Floro al principio de su *Historia*, uso practicado desde el tiempo de Alejandro, añade Eliano (*Hist. Var.* III, 28). Y Agripa no había hecho más que seguirlo. *Erat autem*, dice Plinio (*Ep.* VIII, 14), *antiquitus institutum ut a majoribus natu non auribus modo, verum etiam oculis disceremus*.